

—Por el contrario, son de suma importancia y de todo mi gusto.

—Me alegro, para que así tenga siquiera algun interes el duelo que vas á tener por ella.

—En el cual me vas á servir de padrino.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—¿En qué sitio va á tener lugar el desafío?

—Fuera del fortin de la Barra, en donde ambos estamos de guarnicion.

—¿Y á qué hora hemos de salir de aquí?

—Ahora mismo, porque la noche avanza á toda prisa.

—Pues andando.

—Al instante.

Y los dos, despues de despedirse de los amigos que se quedaban tomando café y que estaban de servicio en Tampico, se dirijieron á la Barra en busca del compañero de armas con quien Ramirez debia medir su espada.

CAPITULO XXII.

La oficialdad mexicana, y una cita.

Mientras Ramirez, acompañado de su padrino, se dirije á la barra en busca de su adversario, trasladémonos á Pueblo Viejo, donde estaba el cuartel general del ejército mexicano.

En un espacioso comedor de las principales casas de la poblacion, con vista á una hermosa huerta, tenia lugar una escena semejante á la que hemos visto desempeñada en el anterior capítulo, por los jóvenes cadetes.

Serian poco mas de las dos de la tarde: un viento terrible y espantoso, últimos res-

tos del furioso huracán que había llenado de consternación en aquel día á los habitantes de la costa, pasaba rugiendo y haciendo cimbrar las puertas vidrieras de los balcones que en aquel instante estaban cerradas.

Tres mesas se veían en este amplio comedor: una en cada extremo de él, y la tercera que contaba diez varas de largo, ocupaba el centro.

En una de aquellas se descubrían multitud de botellas de variados vinos, vasos, copas y fragmentos de alambre y plomo al lado de agujerados tapones que indicaban claramente que el espumoso champagne había corrido en abundancia.

En la del otro extremo se veían muchísimos y finos platos colocados unos sobre otros, cubiertos de plata y limpias servilletas que rivalizaban en blancura con la misma nieve.

Al rededor de la mesa principal que como he dicho, ocupaba el centro, y que contenía los mas delicados manjares, estaban sentados, sin distinción de grados, excepto

el coronel D. Pedro Lemus que ocupaba la cabecera, algunos coroneles, varios comandantes, capitanes y oficiales de inferior graduación.

Una cordial y fraternal alegría reinaba en todos los concurrentes.

Cuatro soldados, asistentes de los mismos oficiales, estaban destinados exclusivamente á atender á los que se hallaban en la mesa: otros dos se ocupaban en destapar botellas y quitar las vacías, á la vez que algunos, con la servilleta al brazo, se esmeraban en presentar limpios y relucientes los platos.

Entre los alegres militares que estaban allí reunidos, se veía al intrépido coronel D. Nicolás Acosta, que había alcanzado, por varios hechos de armas, el renombre de valiente. A su lado estaba su íntimo amigo, el simpático capitán Tamariz, hijo de español como él, y bravo hasta la temeridad. Seguían á éstos el entendido capitán de granaderos D. Manuel María Iturria, oficial muy estimado del general Terán; los de igual graduación Gomez del Cid, Quintero,

Sandí y Franco: enfrente, y ocupando el otro lado, estaban Enrique, Miguel, el capellan de uno de los regimientos, el teniente Agüero, y por último el infame Rossi que, en union de otros compatriotas suyos, ocupaban el otro extremo de la mesa.

El buen humor de los oficiales iba en aumento á medida que se sucedian los platos y se apuraban las botellas.

—Señores:—dijo el intrépido Acosta—puesto que esta será tal vez la última comida que muchos de los que aquí estamos tengamos en este mundo, es preciso que nos entreguemos á la locura, y que brindemos cada cual por los objetos mas caros á su corazon.

—Sí, sí: brindis, brindis.

Gritaron todos.

Entonces se puso en pié el capitán Iturria, y llevando la mano izquierda al corazon, para expresar que sentia el alma lo que los labios pronunciaban, dijo estas palabras.

—Compañeros, brindo porque dentro de

pocas horas, uno de los que presentes estamos, colocará, á no dudar, el pabellon mexicano en el fortin de la Barra.

Y apuró el vaso hasta el último, indicando así *que tenia fé en lo que decia.*

Los demas hicieron lo mismo despues de chocar sus vasos con el del que habia brindado, lo que equivalia á decir: *participamos de la misma opinion; paz y union entre nosotros: juramos desear lo que brindamos.*

Acosta, que tenia un corazon fogoso y patriota, se levantó en seguida, llenó su copa, y se dispuso á brindar.

Todos los concurrentes se pusieron en pié y llenaron las suyas.

—Brindo—dijo llevando la mano izquierda al corazon—por el exterminio de nuestros enemigos, y por el triunfo y prosperidad de la patria.

Y al libar, vertió un poco de licor en el suelo, ejemplo que imitaron los demas, diciendo con esto: *verteré mi sangre por ella en su defensa.*

Trascurridos algunos instantes de anima-

da conversacion, se puso en pié el valiente Tamariz, y pronunció estas palabras.

—Brindo porque con sus altos hechos, immortalice nuestro general Santa-Anna su nombre en la historia.

Y mientras se expresaba así, tuvo la copa puesta sobre la mesa, pero sin dejarla de la mano, como se acostumbra cuando se brinda por el rey ó por un héroe, lo que significa: *me entusiasma; le defenderé á toda costa; gloria inmortal al caudillo.*

Los platos entre tanto se sucedian, y la conversacion era cada vez mas animada.

—Muy ajenos están los españoles que defienden la Barra, de la visita que les espera esta noche.

Dijo el teniente coronel Gonzalez, que se hallaba junto al valiente Lemus.

—Sin embargo, añadió Gomez el Cid, no creo que les encontremos muy descuidados.

—Mejor, replicó Acosta, así tendrá mas mérito el asalto.

—Y estoy seguro que se defenderán como héroes.

—En eso es preciso hacerles justicia;—

observó el capitán Iturria:—el valor y la constancia es patrimonio de los hijos de esa nacion, que ha sido la primera del mundo en armas y en letras.

—Señores—dijo Rossi—brindo porque la lucha sea teñaz y sangrienta, para que sea mayor nuestra gloria; y brindo porque la suerte coloque bajo el alcance de mi espada á un tal D. Andrés, enemigo irreconciliable, cuya vida detesto.

Todos los militares correspondieron al brindis, excepto Enrique y Miguel que colocaron sus copas vacías boca abajo, dándole á entender con esto: *no tenemos vuestras opiniones: nos dáis pesar.*

El capellan tambien, al escuchar las últimas palabras de venganza, opuestas á su doctrina de caridad, colocó su copa vacía, aunque boca arriba, lo cual equivalia á decirle: *me abstengo de manifestar mi opinion; no puedo decir lo que pienso.*

Rossi observó el desprecio de los primeros, y se mordió los labios.

Los dos amigos llenaron entonces sus copas, cruzaron los brazos derechos, y que

daron sujetos por este lazo, en tanto bebían, expresando así este concepto: *quedamos sujetos á una misma cadena; nuestra suerte será una; nuestra amistad es indisoluble.*

—Si antes—dijo Rossi para sí—no hay quien rompa esa cadena.

Y siguió hablando alegremente con los que estaban á su lado, sin dejar ver en su semblante ni la mas ligera muestra de resentimiento.

De repente dejó su asiento, y pretestando un motivo cualquiera, salió de la sala diciendo que volvía al instante.

A nadie llamó aquello la atención, y continuaron vaciándose botellas.

Poco despues se levantó de su asiento el capellan, que habia guardado la mayor moderación, y dijo:

—Yo, cuyo ministerio es de paz y de caridad, brindo por la augusta religion del Crucificado, que nos dará la verdadera felicidad.

Y despues de beber, besó la copa, acción que imitaron todos, y con la cual expre-

saban: *Dios acoja mi ruego; moriré en su creencia.*

El capitán Quintero, que le habia tocado estar junto á Rossi, se puso en pié, y dijo con voz robusta y clara.

—Brindo por el bravo militar que preside la mesa, y á quien Santa-Anna confia el mando de la division, que asaltará esta noche el fortín de la Barra.

D. Pedro Lemus se alzó de la silla, inclinó la cabeza en señal de agradecimiento, y contestó:

—Yo brindo por la prosperidad de la República, y por el digno presidente que rige sus destinos.

Y en tanto que pronunciaba estas palabras, puso la mano sobre sus condecoraciones, y en esta actitud apuró la copa, expresando con aquella acción este concepto: *juro defender tan caros objetos ó perecer en la demanda* (1).

Rossi volvió á entrar en el comedor: echó

(1) En vez de llevar la mano á las condecoraciones, algunos la llevan al puño de la espada, pues tiene el mismo significado.

una mirada significativa sobre Enrique y Miguel; asomó á sus labios una sonrisa de satisfaccion, y se sentó á la mesa tomando parte en todo lo que se hablaba, y manifestando un claro ingenio en los asuntos festivos que se tocaban.

Terminada la comida en medio de la alegría, de la fraternidad y del entusiasmo patrio, los oficiales se dirijieron á tomar sus espadas de que se habian despojado para sentarse á la mesa.

—Ya es hora—dijo Acosta—de reunirnos á nuestros soldados, para estar dispuestos á marchar al combate.

—Sí;—contestó Tamariz—al estruendo de las botellas, es preciso que siga el estampido del cañon.

—Pues bien, cada uno á su puesto, y y cumplir con la patria.

Los oficiales salieron juntos del comedor; en la puerta de la calle se despidieron dándose la mano, y cada cual se dirigió hácia el cuerpo á que pertenecia.

Miguel, que tambien se habia despedido

de Enrique, marchaba á su casa, preocupado con mil ideas funestas.

La memoria del último golpe que, por su causa habia descargado su fiel criado Pablo sobre Luisa, arrebatándole el hijo querido de sus entrañas y comprometiéndola con su esposo, era un terrible toreador que le robaba la tranquilidad, y le sumia en una melancolía que no podia arrancar de su razon.

Ignoraba lo que habia sido de Luisa.

Al ver á Fernando en Altamira, preguntó con prudencia á varios amigos de aquel, si habia llevado en su compañía á su esposa, pero nadie supo darle razon de ella.

La misma pregunta dirigió á Enrique, y éste que ignoraba los acontecimientos de Chapala, porque su cuñado tuvo buen cuidado de ocultárselos, no supo decirle mas, sino que Fernando habia llegado solo.

Todas las pesquisas tambien del indio Pablo para adquirir noticias del sitio en que se encontraba, habian sido inútiles.

Todo esto, unido á la sequedad que creia advertir en Fernando para con Enrique, le

obligaron á que diese entrada en su mente, á una idea espantosa.

Esta idea era la muerte de Luisa, sacrificada á los zelos de su indignado esposo, llevada á cabo en medio de las sombras y de la soledad.

Miguel tembló al fijarse en este pensamiento.

Lo pavoroso y sombrío de la tarde, y el aspecto lúgubre que habia impreso el huracán en las calles de la ciudad, contribuian á dar mayor verosimilitud á sus tétricos celos.

Nuestro acongojado jóven cruzaba á paso lento el espacio que mediaba de la casa en que habia sido la reunion á la suya, sin que nada pudiera distraerle de los pensamientos que en aquel instante le preocupaban.

Un hombre del bajo pueblo, embozado en una ordinaria frazada, caminaba detras de él y á su mismo paso, sin perder el mas ligero de sus movimientos.

La voz de *cabo cuarto, relevo*, pronunciada á pocos pasos de Miguel, por un centinela que permanecia quieto en la puerta de

un cuartel, vino á sacarle de sus meditaciones.

Miguel le miró, y dejando los recuerdos de Luisa, pensó en los deberes que tenia que llenar como mexicano, y apresuró el paso.

El hombre que le seguia hizo lo mismo.

Miguel llegó á un callejon lúgubre y solitario, por donde no transitaba en aquel instante persona alguna.

El desconocido violentó entonces su marcha para darle alcance.

Al ruido de sus pasos volvió Miguel el rostro.

—Dispense vd., caballero.

Dijo el de la frazada.

—¿Qué se le ofrece á vd?

Contestó Miguel deteniéndose.

—Hace rato que ando buscando á vd.

—¿A mí....? ¿para qué?

—Para darle un recado de parte de una mujer.

—¿De una mujer!....—exclamó Miguel alborozado, creyendo que tal vez le iba á hablar de Luisa.—¿Y quién es esa mujer?

—Lo ignoro.

—¿Pero su nombre?

—Lo ignoro tambien.

—Pues entonces....

—Solo sé que parece una señora principal, y que me ha encargado vea á vd. con mucho sigilo.

—¿Pero con qué objeto?

—Dice que tiene que hablar con vd. de un asunto muy importante,

—¿Y en dónde está?

—Me ha dicho que la espere vd. en una canoa, junto á las Piedras.

—¿Y esa canoa?

—Es de una persona de mucha confianza, que está ya avisada.

—Y ¿á qué hora asistirá?

—A la oracion: un coche la llevará.

—Es que la columna va á salir dentro de poco para el Paso de Doña Cecilia.

—Seguramente no lo ignora ella, pues me ha dicho pida vd. licencia para permanecer ese tiempo mas, prometiendo reunir se despues á sus compañeros.

Miguel quedó pensando en quién podria ser aquella mujer que con tanto empeño

solicitaba hablar con él, y en lo que debia de hacer.

—No puede ser sino Luisa:—volvió á pensar—ella que ha llegado con su esposo, y que desea verme, sospechando tal vez, que soy yo quien le arrebató su hijo.

—¿Qué respuesta le llevo?

Preocupado Miguel con la idea que habia concebido, contestó despues de meditar otro instante.

—Que estaré á la oracion en el sitio señalado.

—Se lo diré así: adios.

—Adios.

Y Miguel se dirigió en el acto á pedir la licencia de permanecer algunas horas mas en la poblacion, mientras el desconocido, volviendo por las mismas calles que habia llevado, se dirigió á un personaje que se hallaba quieto en una esquina, esperándole sin duda.

—¿Qué ha dicho?

Preguntó el que habia estado esperando,

—Que irá.

En el rostro del primero brilló la alegría, y continuó.

—¿A la oracion?

—A la oracion.

—Bien, Pedro; y dime, ¿estará la canoa?

—Pierda vd. cuidado, que eso corre de mi cuenta.

—Corriente.

—¿Tiene vd. algo mas que ordenarme?

—Nada, Pedro, sino que recibas esta gratificacion en premio de tus servicios.

Dijo el personaje alargando á su interlocutor algun dinero.

—Gracias.

—Ahora, á disponer la canoa, que dentro de un instante estaré yo allí.

—Pues hasta luego, señor amo.

—Hasta luego, Pedro.

Y ambos se separaron, tomando cada cual por distinto rumbo.

En aquel instante salia Miguel de conseguir su solicitud, y se dirijia hácia su casa, ocupado con la idea de la misteriosa cita.

En todas las casas y cuarteles se escucha-

ba el ruido de las armas, que los soldados empuñaban para marchar al asalto.

De repente se oyó el ruido de muchos pasos, sin que se escuchasen mas que las palabras: *alto, alinear, firmes y descansan*: era la tropa que salia de sus cuarteles y se formaba en las calles, sin que sonase una caja ni una corneta.

Miguel desempeñó en su casa lo que tenia que hacer, y se asomó al balcon á ver la columna que en aquel instante emprendia su marcha en el mayor silencio.

Detras de él apareció el indio Pablo, observándole con cariñosa solicitud.

La tarde estaba nebulosa y fria; y aunque el huracán habia calmado su terrible furia, el cielo se presentaba triste, y la naturaleza sombría.

—Cuánto siento, señor amo, que su merced *haiga* dejado su marcha para *mas despues*.

Dijo el indio con timidez, quitándose el sombrero con una mano, y llevando la otra á la cabeza en ademan de rascarse.

—¿Por qué, Pablo?

—Porque yo todo lo *desamino*, señor amo, y....

—Vamos, ¿y qué has examido que te haga sentir mi permanencia aquí por algunas horas?

—Primeramente el que en la *escuridad* puede caer su merced en *posicion* del enemigo al pasar el rio.

—Adelante.

—*Segundamente*, que de *al tiro* se me resiste creer que una señora *talentuda* y *provisora* como Luisa, se *chispe* de su casa á esa hora, y *vaiga* á buscar á su merced á una parte tan *sólida*.

—Continúa.

—Y *últimadamente* que no *deviso* en la tropa que acaba de salir, por mas que *pelo el jalisco*, á un *ñor* capitan que es mas *maleta* (1) que el que mató á su hermano *Babel*.

—¿Hablas de Rossi?

—Sí, señor amo.

—¿Y dices que no ha salido con la *division*?

—Estoy seguro, señor amo, y temo....

(1) Malo.

—¿Qué, habla?

Contestó Miguel algo preocupado con lo que decia el indio.

—Aunque á *ocasiones* soy indio *cuatro orejas*, señor amo, algunas no dejo de ser *pico-largo*, y entonces el que me la pegue tiene que saber mas que *Salomé*, que dicen *jué* un rey muy *sabijondo*, y mas valiente que *Jonatás* cuando se tragó á la ballena.

—Dí lo que tengas que decir, y acaba.

Exclamó con alguna impaciencia Miguel.

—Veo, señor amo, que se le altera á su merced la *biblia*, y no me atrevo....

—No, hombre, mi bilis no se exalta por tan poca cosa; pero das tantos rodeos para decir algo....

—Tiene razon su merced; pero su merced sabe que lo digo porque deseo su bien.

—Sí, Pablo, sí: tú eres un buen criado, y yo sé apreciar tus nobles y leales sentimientos.

En aquel instante se oyó galopar en la misma calle un caballo, guiado por un oficial que se dirijia en alcance de la columna. Miguel y Pablo fijaron la vista en el

ginete que pasó por enfrente del balcon, sin notar al parecer en ellos.

—¡Rossi!

Dijo Pablo cuando el oficial iba ya á una distancia considerable.

—¡Sospecharás ahora que es él quien me envió el recado, cuando se aleja con la division?

—Con efecto....

Y el indio se quedó pensando. De repente, como iluminado de una idea infalible, añadió:

—¿Y si es su marido?

—¡Su marido!....

Exclamó Miguel, viendo en aquella observacion una cosa verosimil que le alarmó.

—Desde que se encontró con su merced en Altamira, no me hace güen *estógamo* ese hombre. Siempre que le encuentra á su merced le echa una mirada que la verdad no me *cuadra*.

—No, no, imposible:—dijo al fin Miguel desechando aquella idea y teniendo por ridículo aquel temor.—Fernando sabe muy bien que no rehusó un duelo, y no hubiera

echado mano de un medio tan poco noble para hacerme acudir á la cita: ademas le he visto marchar con la division, y esto le pone á cubierto de toda sospecha injuriosa.

—Me convence su merced, y sin embargo....

—Deja de sospechar de nadie, Pablo: Luisa sabia sin duda por su marido que la columna iba á salir, y se ha valido de aquel hombre para preguntarme por su hijo, por su querido Juanito.

Pablo movió la cabeza con aire de duda.

Miguel no advirtió aquel movimiento, y quedó callado.

—¿Y no *quere* su merced que yo le acompañe?

—Pablo—contestó Miguel con tono imperioso—te he dicho que quiero ir solo y basta.

—Está bien, señor amo; no se *desincomo* de su merced por mi *güena* voluntad.

Miguel, provisto de sus armas, salió á la calle cuando se extinguía en el cielo la última luz crepuscular.

Pablo, al verle marchar, le envió una de

esas miradas melancólicas que solemos dirigir á la persona que se despide para un largo viaje, y á la cual tememos no volverla á ver jamas.

—¡Pobre amo mio!—dijo al verse solo.—
¡Mal *haiga* *Tupido* y mal *haigan* sus flechas que así le han puesto! Los buenos que debieran vivir mas que *Jerusalen*, son los que encuentran siempre enemigos, mientras los malos están firmes como el *Góloso* de *Ruedas*. No, pues yo, aunque se enoje, no abandono á mi amo. Por fortuna sé una vereda que conduce al mismo sitio, y por la cual llegaré á tiempo sin ser visto. Arreglemos, pues, lo que me ha encargado, y en seguida irémos á ver lo que se ofrece.

Mientras el leal Pablo discurría de esta manera, Miguel, libre de todo temor, y entregado en cuerpo y alma á la memoria de Luisa, repetía entre dientes las sentidas y tiernas reconvenciones que iba á dirigirla por la imprudencia que habia cometido en entregar á su esposo la carta que una noche le habia arrojado por la ventana: los pensamientos de amor que, á pesar de su

crueldad le consagró cuando en medio del campo y herido por la mano de Fernando, esperaba la muerte; los inútiles esfuerzos que habia hecho para arrancar de su corazon la imágen de la ingrata que le olvidaba; y por último, su desesperacion al saber que Pablo, creyendo servirle, cometió el crimen de arrebatarle la prenda mas cara que una madre tiene en el mundo.

Embebecido en estas ideas atravesaba el solitario camino por donde no transitaba ni una sola persona.

El cielo estaba negro y cubierto de espesas nubes que en caprichosas formas caminaban suavemente impelidas por un ligero viento.

El huracán habia cubierto de agua y arena todas las sendas, y Miguel se sumía con frecuencia hasta las rodillas en el inmenso lodazal que le impedía andar tan aprisa como él hubiera querido.

De repente oyó el murmurio del rio cuyas aguas iban á besar la orilla.

Miguel levantó la cabeza; dirigió la vista hácia donde aquel se escuchaba, y descu-

brió entre la bruma una canoa que oscilaba mansamente en la cristalina superficie.

La canoa estaba atada á la orilla.

Dentro de ella habia un hombre envuelto en un capoton con mangas y capucha que entonces cubria su cabeza, como usan los marinos en las noches chubascosas.

Nuestro héroe se adelantó hácia la orilla.

En aquel mismo momento se deslizó entre las sombras otro hombre que se ocultó en las rocas sin ser visto de nadie y que, al parecer, llevaba un fusil en la mano.

—Buenas noches.

Dijo Miguel aproximándose á la ligera embarcacion.

—Buenas noches.

Contestó el que estaba dentro.

—¿A quién aguarda esta canoa?

—A un caballero, á quien de parte de una señora, cité esta tarde para este sitio.

—Ese caballero soy yo.

—Le he reconocido á vd. al momento: puede vd. entrar cuando guste, y tomar asiento.

Miguel saltó á la canoa y se sentó en la popa.

El del capuchon desató la cuerda á que estaba atada y empezó á remar.

—¿Cómo!....—Dijo Miguel poniéndose en pié al notar aquello.—¿Pues no hemos de esperar en este sitio?

—No señor: este es el punto mejor para embarcarse, pero no el mas á propósito para una cita, puesto que en las Piedras hay tropa que pudiera descubrirnos.

—Entonces ¿á dónde vamos?

—A muy pocas varas de aquí, adonde tal vez nos estará esperando ya ella.

Contestó el del capote, empezando á remar con todo vigor.

Miguel pensó que de un hombre solo nada tenia que temer, puesto que llevaba buenas armas, y tranquilo con esta idea que le aseguraba de la fidelidad del remero, volvió á sentarse, sin cuidarse de otra cosa que de las palabras que pensaba dirigir á Luisa.

El que le conducia le echó una mirada al soslayo, y brilló en su rostro, oculto en la capucha, una alegría que en nada se pare-

cia á la que brilla en el semblante del honrado.

Miguel, que marchaba impaciente por llegar al sitio de la cita, dirigió la vista hacia el rumbo que llevaban, y notando que lejos de navegar junto á la orilla, se alejaban de ella internándose cada vez mas en el rio, se acercó al remero y le dijo:

—¿A dónde me llevas? ¿No ves que nos dirigimos á la orilla opuesta?

—No; llegaremos á ella, pierda vd. cuidado.

—Pero ¿dónde está esa persona que me espera?

—Le prometo á vd. que la verá antes de cinco minutos.

Contestó el de la capucha, sin dejar de remar siempre hacia el centro del rio.

—Pero aquí no hay mas que agua, y lejos de acercarnos á tierra, nos alejamos mas y mas de ella.

—Y sin embargo, la entrevista se verificará.

Contestó el hombre encubierto, dejando

de remar, y colocando el remo dentro del bote.

—¿Y por qué dejas de vogar?

—Porque hemos llegado al sitio dispuesto por la persona que desea hablar con vd.

—¿Aquí?

Dijo Miguel sorprendido y dirigiendo la vista al rededor, para ver si descubria alguna otra canoa.

—Aquí. Sino que la mujer—dijo el remero tomando un acento terrible y acercándose á su interlocutor—se ha trasformado en hombre.

Y se quitó la capucha dejando ver un rostro indignado, donde se pintaba el odio y el deseo de venganza.

Miguel dió un paso hacia atras, dejando escapar este nombre:

—¿Rossi!

—Sí;—contestó el sardo con voz terrible.—Rossi, vuestro mortal enemigo desde la lógia: Rossi, que se vió desarmado villanamente por vd., y que cuando creyó tomar venganza de aquel insulto, se vió bur-

lado por el criado á quien vd. sin duda habia seducido: Rossi, que ama á una mujer cuyo corazon vd. posee: Rossi, que hoy mismo se ha visto humillado por vd. en la mesa delante de toda la oficialidad; y Rossi, en fin, que viene de una vez á tomar satisfaccion por su mano de tantos insultos, dándole por tumba el rio, y por sudario el negro cielo que nos cobija.

—¡Traidor!

Exclamó Miguel echando mano á la espada; pero Rossi, que previendo todo lo que iba á pasar, se habia acercado á él mientras hablaba, le echó los brazos sin darle tiempo á que la sacara.

—No; todo es inútil ya:—pronunció el sardo sujetándole siempre:—yo le podia haber matado á vd. mientras nada recelaba, pero me he propuesto que sea una lucha leal donde no haya sangre: sé que vd. no sabe nadar, única ventaja que le llevo, y me ha parecido mejor que el rio se encargue de quitarle la vida.

Y al decir esto, hizo un esfuerzo para arrojarle al agua.

—¡Veremos si lo consigues, miserable!

Exclamó Miguel, echando á su vez sus robustos brazos al sardo.

En aquel momento, salió de las rocas el hombre que poco antes se habia deslizado armado de un fusil; corrió hácia una canoa que se veia en la orilla, entró en ella, dejó el arma en la popa, desató la barquilla, y empezó á remar en la misma direccion que habia llevado la de Rossi.

Entre tanto, la lucha brazo á brazo entre Miguel y el sardo, seguia terrible y dudosa. El italiano tenia una musculatura atlética, y al emprender aquella lid, lo habia hecho creyendo vencer á su contrario con la mayor facilidad. Pero Miguel, aunque esbelto y fino en sus formas, era vigoroso y fuerte: su pecho elevado y robusto, encerraba la pujanza de los atletas romanos, y sus brazos, aunque no gruesos, eran nervudos y poderosos.

Rossi comprendió bien pronto, que se las habia con un contrario temible.

El pecho del sardo y el pecho de Miguel,

estaban estrechamente unidos el uno contra el otro, como dos planchas que se oprimen por dos aros de hierro, pues no parecían otra cosa los nervudos brazos de ambos combatientes.

La respiracion del uno y del otro era trabajosa, fuerte y violenta, por la opresion de aquel círculo de hierro en que cada cual estaba encerrado.

Rossi, cuya idea era lanzar al agua á su contrario, para que muriese ahogado, y evitar así toda señal de asesinato, dejó de hacer fuerza por un momento para descansar; en seguida afirmó los piés sobre la canoa, hizo un esfuerzo supremo, comunicó á sus brazos el coraje de su corazon, y consiguió levantar á Miguel dos dedos del piso, llevándole hasta la orilla de la canoa. Miguel, comprendiendo todo el peligro que corria, juntó su barba al pecho del sardo, oprimiéndole con ella como con un martillo, mientras con sus brazos le sujetaba horriblemente: Rossi, al sentir el agudo dolor que le rompía el pecho, aflojó un poco; Miguel consiguió entonces afirmar uno

de sus piés en la obra muerta, y continuó con nuevo ardor la lucha.

Sin embargo, Rossi habia alcanzado una gran ventaja sobre su contrario, pues mientras él podia afirmarse con ambos piés en la canoa, el otro se veia reducido al estrecho borde en que habia conseguido colocar uno solo de los suyos.

El italiano, conociendo que para alcanzar el triunfo solo le faltaba no dejar reponer á su rival, le asió con mayor furia para poner término al combate. Miguel, lejos de decaer de ánimo por la tenacidad de su furioso enemigo, sintió renacer su vigor; reunió todas sus fuerzas, y haciendo un esfuerzo poderoso, logró hacer caer de rodillas á Rossi con estruendo terrible, junto á la misma obra muerta en que habia afianzado su planta.

Al golpe de aquel cuerpo, la frágil canoa osciló violentamente haciendo perder el equilibrio á Miguel, poco acostumbrado á embarcarse.

Rossi, trató entonces de aprovechar aquella coyuntura favorable, y empujó hácia el

rio á su contrario: éste, conociendo su posición, se afianzó mas y mas del sardo: en aquella desesperada lucha la canoa dió otro vaiven mas fuerte que el primero, y ambos cayeron al agua.

Miguel, aturdido con el golpe y con el agua que al caer habia tragado, soltó á Rossi; y despues de flotar un momento buscando la canoa para agarrarse á ella, desapareció en el fondo, mientras el italiano, como buen marino, se mantenía tranquilo sobre el rio, en espera de que volvería á aparecer á flor de agua su víctima, como acontece por dos ó tres veces á todo el que se está ahogando, dispuesto á concluir con su vida sepultándole cada vez que se presentase.

No se engañó en sus conjeturas. Miguel, luchando con las terribles ansias de la muerte, volvió, despues de un instante, á aparecer sacando un poco la cabeza, agitando las manos buscando algo de donde asirse, y arrojando espumarajos por boca y narices; pero Rossi que le esperaba, volvió á zambullirle con crueldad inaudita, sin darle tiempo á respirar siquiera.

En aquel momento salió un tiro, disparado al aire por el hombre que vimos entrar en una canoa y seguir el rumbo de la de Rossi, al mismo tiempo que se escuchaba su voz llamando gente.

—¡Que vengan ahora!...—exclamó Rossi con sonrisa infernal:—ya llegan tarde; en vez de un hombre hallarán un cadáver!....

Y satisfecho de su venganza, y temiendo ser conocido, ganó, nadando, la orilla opuesta, perdiéndose á poco entre las sombras del camino que conducía al sitio llamado Paso de Doña Cecilia.

El hombre de la canoa, al ver salir una persona, comprendió quién era, y remó con todas sus fuerzas para ver si podia llegar á tiempo de salvar á la otra.

—¡Señor amo! ¡señor amo!....

Gritaba con desesperado acento el que remaba.

Al mismo tiempo hizo algunos borbotones la parte del rio por donde habia desaparecido Miguel: poco despues se vió asomarse á flor de agua una sombra humana; sacó la mitad de la cabeza, dirigió sus ma-

nos hacía todas partes, y ya iba á volverse á sepultar en el fondo, cuando logró asirse del borde de la canoa que habia quedado abandonada.

Afianzado de aquel objeto de salvacion, hizo un esfuerzo desesperado, y logró respirar el aire de que tanto necesitaba.

—¡Señor amo, señor amo!....

Volvió á gritar el mismo hombre que habia disparado el fusil, aproximándose mas y mas en su canoa.

—¡Pablo.... es la voz de Pablo!....— exclamó Miguel con acento débil como el del moribundo, y pálido como un cadáver.—¡Mi fiel indio!.... ¡Ah!.... pero aún está muy lejos.... ¡y á mí me faltan las fuerzas para sostenerme mas tiempo agarrado á ésta tabla!....

Y en efecto, la prolongada lucha que habia sostenido contra Rossi, unida á la no menos terrible que aun mantenía con un elemento funesto para él, habia agotado completamente su vigor, y apenas podia sostenerse.

Pablo entre tanto se acrecaba remando con todas sus fuerzas.

—Sosténgase su merced un poquito mas, señor amo; un poquito mas!....

Exclamó cuando ya pudo descubrir á Miguel, y remando cada vez con mas afán.

Pero la canoa era pesada, y Miguel se sentia desfallecer.

—¡Dios mio!.... ¡permitid que salve á mi amo!....

Y el indio con la cabeza vuelta hacía atras y con los ojos fijos en el hombre que en un tiempo le habia salvado la vida, avanzaba remando sin descansar.

Pocas varas separaban ya al amo del criado.

Cinco minutos mas, y el primero iba á deber á su vez la vida al segundo.

Pero la fuerza fisica no correspondia á la fuerza moral.

El continuo esfuerzo que habia hecho Miguel para sostenerse, acabó por acalambrear sus brazos, que de repente se negaron á obedecer á su voluntad, cediendo al peso de

su cuerpo que volvió á hundirse casi todo en el agua.

Pablo dejó escapar un grito de horror.

Sin embargo, no perdió toda esperanza: sus manos estaban aún asidas á la canoa, y el indio hizo el último impulso para llegar á tiempo.

Pero aquel mismo impulso hizo que su canoa, sin poderlo evitar, chocase con la otra.

El indio conoció las funestas consecuencias que debian resultar de aquel choque, y se lanzó á la otra canoa para agarrar la mano del que se sostenia en ella.

Pero al mismo tiempo que se inclinaba á cogerla, aquella, abriendo sus desfallecidos dedos, soltaba la tabla de donde estaba asida, desapareciendo con el resto del cuerpo en el fondo del rio.

Pablo dió un grito, y poco despues se escuchó el ruido producido por un hombre que se lanzaba de cabeza al agua, en busca del que habia luchado por tanto tiempo con la muerte.

CAPITULO XXIII.

Asalto al fortin de la Barra.

Era la noche del 10 de Setiembre: Santa-Anna, obsequiando su patriótico entusiasmo, disponia en el punto de Doña Cecilia, la division que debia dar el asalto al fortin.

Los brillantes cuerpos que componian aquella columna, eran el 3º de línea, compañías de preferencia del 2º, 9º y 5º, todo el 11 de línea, alguna fuerza de artillería, y otras tropas escogidas que se habian distinguido en varios encuentros.

Ramirez llegó al fortin con mil precauciones para no caer en poder de los mexicanos que, como he dicho, guardaban el